

Los Libros

MITRE BIBLIOFILO, por *Enrique de Gandia* (1)

Mitre no sólo fué el más grande de los presidentes argentinos, sino el presidente que más amó los libros y el estudio. Causa asombro el comprobar cómo entre los asuntos de tanta responsabilidad que pasaban por sus manos, los libros eran siempre una de sus más atentas preocupaciones. Cuando Mitre, por ejemplo, tuvo que contestar a su amigo don Gregorio Beeche, residente en Valparaíso, que a causa del estado del erario argentino no era posible adquirir los restos de la gran biblioteca de Vicuña Mackenna, ofrecida en venta, le expresó que, «sin embargo, para mi biblioteca me he decidido a tomar algunos de dichos libros, cuya lista enviaré a usted en primera oportunidad». Luego le anunciaba el envío de un cajón con una colección de libros para Barros Arana, «en retribución de otro que me anuncia enviarme por conducto de usted». El presidente de la Argentina se ocupaba de cambiar libros con amigos lejanos y al mismo tiempo mantenía una brillante correspondencia con los literatos del país y muchos del extranjero. Juan María Gutiérrez le aconsejaba nombrar a una persona para que se encargase de sacar copias de documentos referentes a la Argentina en lo archivos españoles. Desde Inglaterra el librero Ruppell Smith

(1) El artículo del historiador argentino Gandia, está lleno de referencias a casos y personajes chilenos, por lo cual nos complacemos en reproducirlo.

le remitía, por intermedio de José Gregorio Lezama, un cajón de libros. El dramaturgo Ventura de la Vega comentaba en una larga carta, fechada en Madrid, el 6 de enero de 1864, las observaciones que Mitre había hecho a una de sus tragedias. El doctor Manuel R. García, desde París, le daba cuenta de los documentos más importantes, con respecto a nuestra tierra, que se hallaban en la colección de Mata Linares, existente en la Real Academia de la Historia, de Madrid. Su enumeración es prolija y está hecha según el criterio de un buen conocedor. Nosotros, que hemos revisado con atención, en Madrid, la colección Mata Linares, podemos asegurar que las piezas vistas por Manuel R. García en su mayor parte siguen inéditas. El doctor García también puso en comunicación a Mitre con el extraordinario erudito Ferdinand Denis, bibliotecario de Santa Genoveva y presidente de la Sociedad Geográfica de París: hombre de una amplitud de conocimientos poco común, pues con igual dominio escribía acerca de la colonización del Brasil, la cartografía medieval y la historia antigua de Europa, que sobre cuestiones de filología euskérica y temas de arte. Es curioso destacar las noticias que en enero de 1864 Manuel R. García transmitía a Mitre acerca de la situación europea. «Intereses ficticios en su mayor parte—le decía—medios artificiales, medias libertades, presentan a la Europa cruzada de brazos ante los inauditos esfuerzos de la Polonia, por conquistar un derecho sagrado cuya violación pesa sobre la conciencia de la Europa, cómplice o partícipe del robo de la libertad de ese pueblo de héroes y de mártires». Estas noticias, desgraciadamente, se repiten hoy en día con la misma inquietud. Y saltando a otras cuestiones de aquellos tiempos, vemos cómo el presidente Mitre escribía a su amigo Gregorio Beeche interesándose por el manuscrito de la obra del P. Pedro Lozano y encargaba a Ignacio Rickard que estudiase la arqueología de los indios de Calingasta y Puchusun. Su correspondencia con Vicuña Mackenna, Barros Arana, José Victorino Lastarria y otros antiguos amigos de Chile, no decaía. Juan María Gutié-

rez, siempre fiel y diligente, le daba cuenta, en febrero de 1864, que don José Uriburu, sobrino, por parte de madre del coronel Arenales, ponía a disposición de Mitre los libros «que más le llamasen la atención entre los dejados por su tío».

No pasaba un mes sin que los libros ocupasen la atención de Mitre. Gregorio Beeche era en Chile un corresponsal diligente y entendido. Cierta vez, antes de mandar unas obras al señor Carreras, pasó la lista a Mitre para que eligiese las que le faltasen y Mitre le contestó el 2 de marzo de 1864 con estos términos: «Usted que conoce mi pasión por libros útiles americanos, comprenderá bien cuánto le agradezco este obsequio, que va a permitirme completar mi biblioteca, bastante crecida ya».

Siguiendo el orden cronológico de la correspondencia de Mitre, hallamos por este tiempo una curiosa de Garibaldi, fechada en Caprera, el 6 de marzo de 1864, cuyos párrafos creemos útil repetir. Ellos nos demuestran cómo a los setenta y cinco años de distancia la historia en Europa y en América es la misma y cómo Buenos Aires, ya en aquel entonces, lo mismo que en los años de su independencia y en la actualidad, era y es la patria de los hombres libres. «Hay gobiernos constitucionales—decía Garibaldi a Mitre—hay republicanos; mas, general, la mayor parte son alucinaciones, peores que el puro despotismo, y me duele en el alma deber mencionar que en una parte de la heroica tierra de Tell, la pena de muerte fué votada a gran mayoría siendo contemporáneamente abolida en la fuerte Venezuela, prueba que la Helvecia, única república en el continente europeo, teme y obedece a sus prepotentes vecinos. No crea por eso, general, que aquí la democracia sea débil y tema a sus antagonistas—no—el miedo está en los enemigos, y hay tanta vitalidad y fuerza entre los nuestros para desarraigar enteramente la mala planta de la opresión. Lo que nos falta, es el apoyo de un gobierno. La Suiza no puede hacerlo por temor, la Inglaterra no lo puede por sus alianzas tradicionales. Sea usted el adalid de la causa justa, de la causa del derecho, en fin, de la democracia

del mundo». Garibaldi veía en Mitre encarnadas la libertad y la justicia. Así lo era, en efecto. Por ello le hacía esta recomendación: «Diga usted en nombre de los generosos pueblos del Plata, que Buenos Aires es el centro de las aspiraciones del hombre que sufre sin distinción de casta y color, y que de esas hermosas orillas resuene el grito de la fraternidad de las naciones, y la reprobación de los tiranos; y que no sólo el despotismo tiene un gobierno jefe, mas que también lo tienen los hombres libres; entonces todos seremos soldados de este gobierno iniciador, y la democracia así organizada, y con su jefe reconocido puede ponerse en estado de guiar la humanidad a su destino de civilización y de progreso, de donde la desviaron los opresores de las naciones».

Mitre daba un ejemplo verdaderamente singular con su sencillez de costumbres y su intensa afición al estudio. Vivía en medio de sus libros, atendiendo cuidadosamente, desde la presidencia de la Nación, los intereses de la República, y siguiendo, paso a paso, el movimiento político e intelectual de todo el mundo. Así lo escribía a don Hermógenes de Irisarri el 14 de marzo de 1864.: «No hay que temer el puñal de los asesinos en esta tierra en que los hombres son dóciles y poco rencorosos. No hay más que dejarlos hablar y pasearse entre ellos como lo hago yo día a día, pues en mis hábitos republicanos llevo aquí la misma vida que llevaba en Chile, sin distinguírseme en nada absolutamente de los demás habitantes de Buenos Aires».

Las comunicaciones de carácter histórico no cesaban. El doctor José María Cantilo le trasmitía el resultado de unas preguntas hechas al general Martínez acerca de la actuación de Las Heras, y Martín de Moussy, minucioso y abundante, le informaba de las últimas novedades políticas y literarias de Europa. Se extendía sobre las conferencias en Nuestra Señora de París, del P. Félix, a quien consideraba inferior a sus antecesores Lacordaire y Ravignan, y afirmaba que «el príncipe de todos es M. Dupanloup, obispo de Orleans, hombre afamado universal-

mente por su ardiente caridad y prodigiosa elocuencia». Sus ideas un tanto ultramontanas le hacían decir que Inglaterra agasajaba a Garibaldi para festejar en él la oposición a Napoleón y al Papa; juzgaba excelente la ocupación de México por el nuevo emperador Maximiliano y no dejaba de comunicar la lectura que había hecho en la Sociedad de Geografía, presidida por el conde Walewsky, de su memoria titulada *Voyage à la frontière indienne de Buenos Aires en 1863*.

La biblioteca de Mitre no sólo constaba de obras históricas y literarias, sino de colecciones de mapas y de obras filológicas. En abril de 1864 Gregorio Beeche remitió a Mitre una serie de mapas entre los cuales figuraba uno chileno, de Adán y Biack, en que aparecía el territorio situado al Sud del río Negro con el nombre de Chile Oriental: pretensión que Gregorio Beeche juzgaba ridícula. En mayo del mismo año Juan María Gutiérrez comunicó a Mitre el proyecto de Napoleón III de crear una especie de Instituto de México como el de Egipto y le adjuntó «copia del párrafo de ese documento, relativo a las lenguas, por si algo pudiera servirle para sus trabajos filológicos sobre América». Mitre preparaba lentamente una de sus obras más notables: el catálogo razonado de las lenguas americanas, estudio del cual nos ocuparemos más adelante, único en Sud América e insuperado hasta la fecha.

El destino de Ernesto Renán interesaba íntimamente a Martín de Moussy y con cierta complacencia hizo saber a Mitre, desde París, en junio de 1864, que «M. Renán ha sido destituido de sus empleos. Esto había de suceder, pues el nuevo profeta alzaba muy alto la cabeza; pero era la estatua con pies de barro. Ya no se habla de su obra. Los muertos andan ligero». La posteridad ya sabemos que ha hecho justicia a Renán colocando su nombre entre los mejores escritores de Francia.

Por este tiempo Mitre sostuvo una brillante polémica con el doctor Vélez Sarsfield sobre Belgrano. La obra de Mitre, documentada a la perfección, resistió los embates y su autor

salió triunfante en todos los puntos. Así lo reconocen los historiadores modernos y así lo reconocían también Martín de Moussy, Juan María Gutiérrez y la mayoría de los estudiosos argentinos. «Su vindicación—decía Moussy a Mitre en julio de 1864—se ha colocado en el terreno de la historia seria y serena, y no, como su adversario, en estas malditas cuestiones de polémica parcial que, desgraciadamente, es la plaga de todo lo que se escribe de historia desde ochenta años en Europa y América». Mitre, en su respuesta a Moussy, del 31 de agosto, le contestó: «Fundados como están mis escritos en documentos fehacientes, que pueden ser consultados por todos, no hay el temor de que el buen sentido de este pueblo pueda ser extraviado por juicios erróneos, que fácilmente se echan por tierra, dejando en su verdadero terreno y a toda luz a la verdad histórica». En esta misma carta Mitre rectificó a Moussy en varios errores que había cometido en su conferencia de la Sociedad Geográfica de París, y le señaló, también, otros errores deslizados en la obra de Mersay, que evidencian una preparación incompleta en de Mersay y un admirable conocimiento de la bibliografía americana por parte de Mitre.

El eco de los discursos del presidente bibliófilo llegaba al extranjero y merecía amplios elogios y comentarios. No es este el momento de ocuparnos de Mitre orador; pero no queremos olvidar las palabras que en julio de 1864 Gregorio Beeche escribió a Mitre con motivo de la apertura del Congreso. «El magnífico y brillante discurso pronunciado por usted en la apertura del Congreso, nos ha llenado de satisfacción y aun de orgullo nacional, comparándolo con el pobrísimo que se dijo el 1.º de junio en las cámaras chilenas, y también por los principios y doctrinas democráticas que en él se explican, las que forman un verdadero contraste con la conducta observada por el ministerio en las últimas elecciones que se hicieron en este país».

La actividad literaria de Mitre no hallaba descanso. En medio de sus innumerables ocupaciones tenía tiempo para es-

cribir una biografía de Juan Gregorio de Las Heras, y enviársela al mismo biografiado para que le diese su opinión. Las Heras, con ochenta y cinco años de edad, contestó a Mitre desde Santiago de Chile, en julio de 1864, diciéndole: «Me asombra, señor general, que en una vida tan laboriosa, como debo suponer la de usted, pueda usted tener tiempo, y aun memoria, para hacer descripciones tan detalladas de mi casa habitación, y aun de los árboles que había en ella».

Nuestra patria, en aquel entonces, no contaba más de un millón y medio de habitantes. Los libros de nuestros autores, como los de toda América, apenas eran conocidos en Europa. Mitre, por intermedio del ministro Balcarce, trató de hacer una convención con España para que los libros argentinos pudiesen entrar en la Península y los libros españoles no fuesen impresos clandestinamente en el país. El mismo Mariano Balcarce escribió a Mitre en julio de 1864 que en su última entrevista con el ministro Pacheco, «hablando de la proyectada convención literaria, me dijo que en España no se conocían las producciones de los autores sudamericanos», y que casualmente estaba leyendo la vida de Mitre escrita por Caicedo.

El presidente bibliófilo trataba siempre de conseguir documentos referentes a la conquista y colonización de América y al efecto rogaba a Ventura de la Vega que ayudase al cónsul argentino en Sevilla en su tarea de sacar copias del Archivo de Indias, pues el archivero mayor «parece bastante original y tiene la manía de esconder como un tesoro los documentos a su cuidado, impidiendo de cuanto modo le es posible el que se tomen copias de ellos».

El gusto de Mitre por la historia colonial databa desde sus comienzos de estudioso y en septiembre de 1864 escribía a su amigo Diego Barros Arana manifestándole que no abandonaba el proyecto de componer una *Historia del descubrimiento, conquista y fundación del Río de la Plata*: «obra que nos hace notable falta y para la que estoy reuniendo los antecedentes

que me han de servir para escribirla». En la misma carta hacía notar a Barros Arana algunas inexactitudes referentes a Martín de Behaim y a Cristóbal Colón. Estos detalles son suficientes para hacernos apreciar el hondo conocimiento que Mitre tenía de los problemas relativos al descubrimiento de América. Todas sus horas libres, Mitre las consagraba a investigar el pasado argentino y escribir sobre nuestra historia. Esta afirmación podemos corroborarla con unas líneas dirigidas por Mitre al general Juan Gregorio de las Heras: «A pesar de que las atenciones del gobierno—le decía—absorben casi todo mi tiempo, tengo gusto en dedicar algunas horas de descanso a mi pasión favorita sobre la historia argentina, los grandes hechos de los hombres de la revolución, etc., porque conozco que todo lo que se escriba sobre esta importante materia son datos importantes que recogerá aquél que emprenda la tarea de escribir nuestra historias, si no es que me está reservado a mi el hacerlo cuando separado de la vida pública vuelva al hogar y aproveche las veladas del invierno en tan útil trabajo».

Una de las más grandes aspiraciones de Mitre era la de disfrutar de la calma necesaria para intensificar su producción histórica y literaria y aumentar su notable biblioteca; pero la vida múltiple que lo envolvía y los problemas políticos que amenazaban desencadenarse lo alejaban cada vez más de sus aficiones. Vicuña Mackenna, Gregorio Beeche, Barros Arana, Martín de Moussy—sus amigos bibliófilos—proseguían con sus intercambios de libros y su correspondencia literaria. Pero una serie de graves acontecimientos políticos traía grandes inquietudes. El Uruguay ardía en guerra civil. El Brasil trataba de intervenir. El Paraguay pretendía impedir esa intervención. Las cartas que Mitre recibía por este tiempo reflejaba el estado de ánimo con que sus autores veían, desde lejos, los sucesos sudamericanos. Sólo una excepción: la de Santiago Arcos. Instalado cómodamente en París, como en un oasis, refería a Mitre que había impreso un libro en francés titulado *La Plata, étude historique*,

y agregaba: «Mucho me temo que este *Etude historique* sea inferior a los chorizos y jamón que mandé a usted cuando me elevó a miembro del instituto histórico de Buenos Aires; pero ¿qué se puede hacer en París? Si hubiese permanecido en Junín, Payán y yo habríamos hecho queso, manteca, engordado chanchos, lo que es mejor que emporcar papel, pero he tenido mala suerte y nada bueno he podido hacer». Esta obra, como es notorio, es muy superior a la graciosa crítica de su propio autor. Juan Gregorio de Las Heras manifestaba a Mitre que en Santiago de Chile todos estaban pendientes de los sucesos de Montevideo y de la invasión brasileña. Otros amigos también le revelaban sus temores; pero la inquietud reinante no disminuía en lo más mínimo la actividad bibliográfica y estudiosa de Mitre. Martín de Moussy le escribía en noviembre de 1864 asegurándole que su colección de veintiocho volúmenes de gramáticas y diccionarios americanos era la más completa que se conocía, pues D'Orbigny, en 1841, tenía algunos que a su muerte se dispersaron; Ferdinan Denis contaba con unos pocos, y el célebre abate Brasseur de Bourbourg poseía muchos de Centro América, pero casi ninguno de la América del Sud. En la Sociedad de Geografía de París, fundada en 1820, sólo había obras posteriores a esa fecha. Mitre, pues, era en su tiempo la autoridad máxima en estudios filológicos americanos y sus investigaciones lingüísticas, como hemos dicho anteriormente, no han sido superadas hasta la fecha. Gregorio Beeche compró en Chile, para la biblioteca de Buenos Aires y por gestiones de Mitre, una cantidad de obras pertenecientes a Benjamín Vicuña Mackenna. Este, que no ignoraba lo agradable que era para Mitre el ocuparse de cuestiones bibliográficas, escribió al presidente bibliófilo el 1.º de enero de 1865 una carta en que le decía: «Comenzaré por darle alguna razón de sus encargos bibliográficos, pues considero que usted toma como solaz este género de correspondencia, en medio de sus gravísimas ocupaciones». Las ocupaciones de Mitre, en efecto, eran muy graves: se avecinaba la

guerra con el Paraguay. Los chilenos simpatizaban con el Paraguay por su antipatía al que ellos llamaban imperio esclavócrata del Brasil, pero deseaban que Flórez triunfase en el Uruguay porque entendían que seguiría en el Plata la política de Mitre. Los políticos chilenos trataban de que la Argentina se debilitase frente al Brasil para solucionar fácilmente con ella la cuestión de límites en la Patagonia. Era un tejido de aspiraciones e intrigas sumamente complicado. Martín de Moussy, desde Francia, hacía notar lo conveniente que habría sido a la Argentina el poder mantenerse neutral. Entretanto, la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, cuyo rector era entonces don Andrés Bello, nombrada a Mitre miembro honorario a propuesta del decano José Victorino Lastarria, y Gregorio Beeche, el corresponsal diligente y amigo, le remitía, en febrero de 1865, doce cajones de libros adquiridos a Vicuña Mackenna y a otras personas.

Los sucesos del Uruguay, por este tiempo tomaban un nuevo camino. Las tropas brasileñas habían ayudado al general Flórez a ponerse al frente del gobierno y se retiraban del Uruguay para combatir contra el ejército de Francisco Solano López que había invadido algunas poblaciones de Matto Grosso. Los hechos se complicaban, pues el Uruguay, en cuyo favor se había movido el presidente López, se aliaba al Brasil en contra del Paraguay. Mitre explicaba a sus amigos de Chile que el imperio que ellos llamaban esclavócrata, a pesar de este defecto disfruta de mayores libertades que la Argentina, y en una carta especial a Barros Arana, olvidándose de todas las cuestiones políticas, se extendía largamente sobre los viajes de Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón. Es más extensa esta carta llena de erudición y observaciones críticas, que cualquiera de sus cartas políticas. Mitre amaba más escribir sobre historia y sobre libros que sobre sucesos públicos. Sus amigos historiadores, en cambio, parecían interesarse más por otras cuestiones. Martín de Moussy, por ejemplo, comentaba en Pa-

rís, el 17 de abril de 1865, la futura y segura derrota del presidente López, del Paraguay. La guerra de la Triple Alianza de la Argentina, Brasil y Uruguay en contra del Paraguay sacó a Mitre de su biblioteca para llevarlo a los campos de batalla. No vamos, ahora, a tocar los orígenes de esta guerra sangrienta e inútil para todos los que intervinieron en ella. La Argentina tuvo que contestar una agresión y salvar sus derechos territoriales. La intervención del Paraguay en las cuestiones internas del Uruguay que se solucionaban con la ayuda del Brasil fué el origen de esa triste conflagración americana. El general Mitre marchó a la guerra optimista, confiado en sí mismo, y no descuidó un instante ni sus estudios, ni el aumento de su biblioteca, ni su correspondencia histórico literaria. El 20 de mayo de 1865 tenía la calma de escribir a su amigo Santiago Arcos, que se hallaba en París, diciéndole que lo necesitaba para sacar el plano de Humaitá, antes de su desaparición, y que había «leído con interés su libro y Delfina lo ha leído todo, de punta a cabo, incluso los capítulos del Paraguay, aunque resentida de que no se haya usted acordado de enviarle un ejemplar para ella».

Durante la guerra del Paraguay siguieron llegando a Mitre, desde Europa y América, las cartas de sus corresponsales literarios. Carlos Calvo envió a Mitre, en 1865, un magnífico mapa que obtuvo en París, de la América del Sud, del año 1775, de tres varas de alto por dos y media de ancho. Vicuña Mackenna, el 31 de agosto de 1865, expresó a Mitre sus deseos de escribir su biografía. «Es más que seguro—le dijo—que si esta carta llega a sus manos, le encontrará en los bosques vírgenes del Paraguay y acaso le sea preciso leerla a la luz del fogón de los campamentos, acaso en la víspera de una batalla, acaso al día siguiente de una victoria». Así fué, en verdad. Mitre no dirigió los ejércitos desde Buenos Aires, como hubiera hecho otro presidente en un caso semejante. Al igual que el mariscal López, en el Paraguay, estuvo al frente de las tropas argentinas,

brasileñas y uruguayas dirigiendo todas las acciones. La historia de esta guerra no entra en el plan de este estudio. Sólo hemos de referirnos a un pormenor que tal vez tenga alguna importancia. Se ha dicho que las tropas argentinas saquearon el archivo de la Asunción. Es una calumnia sin sentido que no sostiene, por fortuna, ningún autor paraguayo. Conocemos el archivo de la Asunción y podemos afirmar, como es notorio, que se conserva íntegro y en excelentes condiciones, gracias al celo y a los cuidados de sus directores y, especialmente, del actual director honorario, el admirable paleógrafo don Doroteo Barreiro. Mitre no tocó un papel del archivo de la Asunción ni de ningún otro archivo. Los documentos que se encuentran en el Museo que lleva su nombre le fueron obsequiados antes y después de la guerra por amigos paraguayos que los tenían en su poder. El 15 de septiembre de 1860, por ejemplo, don Domingo de Oro escribió a don José María Ladines, residente en la Asunción, pidiéndole unos libros que deseaba obsequiar al general Mitre y proponiéndole, en cambio, las obras que pudiesen hallarse en Buenos Aires. El señor Ladines escribió al general Mitre el 20 de abril de 1862. «Por la carta que me permito incluir—le decía—de mi amigo, el señor don Domingo de Oro, se impondrá V. E. de un pedido de libros viejos, que me hizo para la librería de V. E. y que en el acto remití en aquella fecha con el señor don Samuel Lafone, los que supongo recibiría V. E. Desde entonces destiné para V. E. algunos libros, también viejos, y que he tenido cortedad de remitírselos directamente, como asimismo unos documentos antiguos con la firma autógrafa del doctor Francia; teniendo estos el mérito de ser los únicos que existen aquí en poder de particular, y que por esa razón me los han solicitado algunas personas caracterizadas; pero he creído que V. E. tendrá gusto en poseerlos, por lo que he rehusado regalarlos a esas personas. El antiguo periódico *Paraguayo Independiente*—continuaba—escrito por el actual presidente López, contiene documentos importantes, y lo remito a V. E. en dos tomos, que

es del modo que se ha reimpresso». Aparte de estas cartas hemos visto en la correspondencia aún inédita del general Mitre otros documentos referentes a la historia del Paraguay acompañados todos por notas de envío de las personas que los obsequiaban.

En carpetas existentes en el Museo Mitre se conservan, también, facturas de libros que el general Mitre pedía a Inglaterra desde los campos de batalla del Paraguay. Es extraordinario consignar estos hechos poco conocidos que demuestran cómo el presidente de la República Argentina y general en jefe de los ejércitos de tres naciones en guerra contra el Paraguay hallaba tiempo para hacer pedidos de libros a Europa y mantener con sus amigos la acostumbrada correspondencia sobre temas históricos.

Entre esta correspondencia merecen recordarse algunas cartas interesantes de Juan María Gutiérrez. El 13 de abril de 1867 Gutiérrez escribía a Mitre hablándole del P. Castañeda. «Con él quedó derrotado para siempre—le decía—el influjo del claustro, representante genuino de la Colonia. Afortunadamente la masa del pueblo no sabía leer, y los periódicos del Padre cuajados de latines, sólo caían en manos de quienes, riéndose o indignados, reconocían en ellos una rémora para las ideas nuevas y serias de que aparecía como campeón el «sapo del diluvio», como llamaba Castañeda a don Bernardino Rivadavia. Sin embargo—continuaba Gutiérrez—yo tengo las más vivas simpatías para este derrotado, como las tengo por F. Cayetano Rodríguez, también fraile franciscano. Como hombres de verdadera moralidad y de talento valían mucho ambos y yo frecuentaría sus celdas si vivieran».

El 9 de mayo Gutiérrez devolvía a Mitre unos libros que le había prestado y le enviaba un manuscrito autógrafo del coronel don Manuel de Pueyrredón sobre la verdadera bandera del ejército de los Andes. El 4 de julio Gutiérrez hacía llegar a Mitre otros libros que había recibido en préstamo. El 28 de febrero del año siguiente—1868—Gutiérrez exponía a Mitre

sus opiniones sobre el P. Antonio Ruiz de Montoya y sus obras, y Mitre, en una carta del 3 de marzo, componía un verdadero ensayo sobre la mentalidad del jesuíta Montoya. El 5 de junio Gutiérrez solicitaba a Mitre una serie de obras históricas y geográficas sobre los derechos de la Argentina a la Patagonia para obsequiarlas a la biblioteca pública de Berlín y al profesor alemán Wappaus que por indicaciones de Alejandro de Humboldt y Carl Ritter escribía desde diez años una obra sobre la estadística y geografía del Nuevo Mundo.

Al terminar su presidencia, Mitre se hallaba tan pobre como cuando la había comenzado. Sólo tenía sus libros, reunidos en años de pacientes búsquedas y gastando en ellos sus ahorros. El presidente de la República Argentina no era dueño de una casa. El pueblo entero resolvió, entonces, regalarle una mansión en que pudiese vivir. Así le fué entregada, por subscripción pública, la residencia en que vivió hasta su muerte y donde reunió todos sus libros. En la actualidad lleva el nombre de Museo Mitre y en ella tienen su sede la Institución Mitre y la Academia Nacional de la Historia. En esta casa que hoy es el centro de la cultura histórica argentina, Mitre pasó los años de mayor actividad intelectual de su vida. Compuso libros inmortales y aumentó cada vez más su biblioteca. Hablamos de Mitre bibliófilo y tratamos de no salirnos de nuestro tema. Mitre siguió con sus amigos y corresponsales su correspondencia acostumbrada. En noviembre de 1868 Juan E. Torrent le obsequió una colección de libros. En el mismo mes, Brasseur de Saint Hilaire solicitó a Mitre, desde París, permiso para traducir y publicar su *Vida de Belgrano*. En marzo de 1870 Juan María Gutiérrez le pidió informes acerca de los trajes y retratos de los personajes que firmaron las actas del cabildo del mes de mayo de 1810 para remitirlos al pintor uruguayo Juan Manuel de Blanes. Díjole: «Blanes mismo reconoce en su carta la necesidad de que usted se sirva tomar parte en la solución de sus dudas y preguntas».

Pocas noticias tenemos acerca de la actividad bibliográfica de Mitre entre los años 1871 y 1872. Sabido es que el general no guardaba toda su correspondencia, sino que destruía la mayoría de las cartas que consideraba inútiles o podían dañar a otras personas, y que salvo raras excepciones conservaba copia de las cartas que él escribía. Por esta razón no podemos seguir en este tiempo su afición bibliográfica como lo hemos hecho en otros años; pero por facturas de compras y anotaciones en los libros de su biblioteca hemos comprobado que su amor por las obras impresas no decayó un instante.

En 1873 don Ambrosio Montt mandó a Mitre, desde Santiago de Chile, un grueso paquete que contenía las memorias de la Universidad. En la misma carta le decía que iba a pedir a Ignacio Zenteno, hijo del general de la Independencia, copia de unas comunicaciones de San Martín.

«Muy grato me ha sido—añadía—mi querido general, atender a sus pequeños encargos literarios, y ojalá pueda en lo sucesivo dar a usted mejores y más serios testimonios de mi vieja y sincera afección». Es interesante recordar que Montt aconsejaba a Mitre escribir la historia de la guerra del Paraguay. «Háganos la historia de esa guerra de tanto sacrificio y heroísmo—le decía—. En estas regiones del Pacífico se conoce muy poco y se juzga mal; yo mismo, que miro los negocios del Plata con tanto interés y simpatía, yo, se lo confieso con humildad cristiana, no me hallaba exento de graves errores de hechos y de apreciaciones. Me los disiparon usted, Sarmiento, Juan Carlos Gómez, durante mi residencia última en Buenos Aires, es verdad, pero no todos tienen la fortuna de pasar sus vacaciones en el Plata, ni la más envidiable de tratar a sus hombres más eminentes y de oír de su boca la verdad de los acontecimientos». Mitre, sin embargo, como es sabido, nunca quiso escribir esta historia que tan a fondo conocía por haberla vivido como jefe de los ejércitos de tres naciones y sólo tomó la pluma a los largos años cuando tuvo que deshacer una acusación injusta.

La correspondencia con Benjamín Vicuña Mackenna fué reanudada por Mitre, después de varios años de interrupción, a comienzos del 1874. Vicuña Mackenna contestó con una carta a ratos declamatoria y llena de elogios para la *Historia de San Martín* que esperaba recibir en breve. Esta carta de Vicuña Mackenna contiene unos párrafos que es interesante reproducir. No conocemos la respuesta de Mitre, pero la imaginamos perfectamente. Decía Vicuña Mackenna: «La cuestión de hombre ya no existe. Y a este propósito, mi amado amigo, usted que es tan profundo observador de cuanto le rodea ¿ha fijado su espíritu en la gran revolución que se opera en nuestra condición democrática? Hace apenas veinte años (es decir, en 1854) cuando usted y yo estábamos alumbrados por el mismo candil en el fondo de un calabozo, la personalidad era todavía suprema y arrogante en la América española. Rosas, que no era un hombre, sino la exageración monstruosa y perversa del hombre, era la suprema personalidad del Plata; Tadeo Monagas era la personalidad de Venezuela; Obando la de Nueva Granada; Flórez la del Ecuador; Belzú la de Bolivia; Castilla la del Perú; Montt la de Chile; López del Paraguay. Y hoy ¿qué significa ese género del personalismo en la existencia de todos estos pueblos? Las masas son el equilibrio y a la vez son la cúspide. Si usted mismo, a quien tanto debe el Plata es llevado a la altura, es por el empuje irresistible de la muchedumbre ilustrada o entusiasta que viene en pos de su nombradía. De manera que una vez puesto usted en la cúspide y las masas, es decir, la democracia que lo ha levantado, se agrupen en la base de su cúspide, por una ley de quilibrio será siempre la base la que domine la cima».

La observación de Vicuña Mackenna era muy cierta. Los hombres de las guerras de la independencia y sus inmediatos sucesores tenían una personalidad caudillística que en el último cuarto del siglo XIX había comenzado a desaparecer en las naciones más avanzadas de América. Perduró, en cambio, y aún perdura, en muchos países menos evolucionados que no han

conseguido salir del ciclo de las dictaduras. Hemos dicho que ignoramos el comentario de Mitre a los párrafos transcritos de Vicuña Mackenna, pero en cambio conocemos su opinión acerca de las dictaduras. Mitre la dió a conocer en su discurso contra el acuerdo de San Nicolás, el 21 de junio de 1852, precisamente cuando según Vicuña Mackenna todavía reinaban las grandes personalidades americanas. Dijo Mitre: «Poder dictatorial, señores, es todo aquel que se funda en la suprema ley de la necesidad y hace de su voluntad una ley. La dictadura, como se ha dicho ya, puede justificarse por el interés de todos, legitimarse por la necesidad y glorificarse por el peligro; pero cuando carece de estas condiciones es una usurpación injustificable de parte del que la inviste y una abdicación cobarde de parte del que la otorga». Hoy que han pasado casi noventa años desde que estas palabras fueron pronunciadas comprobamos que las dictaduras que intentaron perpetuarse en el poder, como la de Rosas, sin que las legitimase la necesidad, son cada día más vituperadas, mientras que las que surgieron de necesidades imprescindibles y entregaron en seguida el país a un gobierno legal, reciben cada hora el aplauso de la posteridad.

Vicuña Mackenna continuaba el párrafo que hemos transcrito con unas reflexiones histórico filosóficas de mucho efecto, pero de poco fondo que, por no haber sido nunca refutadas, creemos necesario hacerlo aquí. «Y bien está, amigo mío, que así suceda—decía Vicuña Mackenna refiriéndose al eclipse de las grandes figuras y al triunfo de las democracias—y que estos pueblos, desengañados ya, no crean en las personalidades, es decir, en los caudillos, ni en los ídolos. Han visto pasar delante de sí diseñados en una sábana de sangre los sueños de todos esos locos que se daban batalla por antojo, por ira, por fronteras de papel o por fronteras de desiertos, y se han espantado, no tanto de las matanzas como de su esterilidad. ¿No parece cosa de sueño ver a Mosquera en Cuaspud, venciendo al Ecuador, para probar a Flórez que maniobra mejor que él en campo raso? Y, sin embargo,

Mosquera y Flórez en la vecindad de Quito no eran sino Almagro y Pizarro peleando tres siglos antes en la vecindad del Cuzco por la delineación de un grado geográfico (el del río Santiago) que nadie sabía donde estaba, como nadie sabe todavía donde está el paralelo 23° de Caracoles . . . Y lo que fué en el siglo XVI reyerta de dos hombres que no sabían escribir, y que se degollaban por una cuestión de astronomía, ha sido en el siglo XIX, en que pueblos que se morían en el desierto iban a degollarse por añadir otro desierto al suyo propio. Esa fué la cuestión de Tarqui (invasión del Ecuador por el Perú), la cuestión de Yungay (invasión del Perú por Chile), la cuestión de Ingaví (invasión de Bolivia por los peruanos), y ¿por qué no decirlo, amigo mío? la cuestión de Asunción, que fué la doble invadida de los argentinos republicanos y de los brasileños imperialistas, de un valeroso e infortunado país que, como todos los otros, tenía fronteras propias y ha quedado, no obstante su completo aniquilamiento, como quedó el Ecuador después de Tarqui, como quedó el Perú después de Yungay, como quedó Bolivia después de Ingaví, y como quedó Chile mismo, después de la invasión que hizo en mala hora y por consejo de la nación hermana». Bien: estas líneas que no son de bibliofilia, pero que la bibliofilia nos ha llevado a transcribir, podrían ser citadas por quien desee hacer la historia de las ideas políticas y sociológicas en Sud América. En el capítulo correspondiente deberían ser colocadas al lado de las ideas de Juan Bautista Alberdi y de tantos otros declamadores que juzgaban los resultados sin conocer las causas y siempre veían las partes exteriores sin penetrar en su interior. Ninguna guerra americana se originó por la vanidad de un general empeñado en demostrar a otro que manobraba mejor en campo raído. Todas las guerras han tenido causas profundas determinadas tanto por la geografía como por cuestiones políticas del tiempo de la colonia. Pizarro y Almagro no se degollaban por una cuestión de astronomía. La frase parece hermosa, pero es falsa. Se trataba, como todo el mundo sabe,

de la ciudad del Cuzco y, por consiguiente, de la riqueza del Perú. Sin la averiguación exacta del grado geográfico del río Santiago los esfuerzos de aquellos hombres que habían descubierto y conquistado un imperio resultaban inútiles para los almagristas o los pizarristas. Era justo que combatiesen, como también fué justo que fuesen a las armas el Paraguay, por un lado, y la Argentina, el Brasil y el Uruguay, por el otro. Una herencia de siglos, que había comenzado con las disputas de España y Portugal en torno a la línea de Tordesillas, divisoria de las posesiones hispano portuguesas en América, llevó a los países del Plata y del Atlántico a la guerra del 1865. Eran expansiones rivales que databan desde el 1516 y el descubrimiento del Río de la Plata. Lo absurdo, lo ilógico hubiera sido que el choque nunca se hubiese producido. La misma historia explica la última guerra del Paraguay y Bolivia y producirá, también, choques futuros. Nótese que no hablamos ni de necesidades, ni de derechos. La historia debe explicar y esto es lo que no sabía hacer, frente a la realidad americana, Benjamín Vicuña Mackenna en sus cartas a Mitre.

La cuestión de límites con Chile preocupó grandemente a Mitre y a él acudieron muchos estudiosos en busca de informes para estudiar las antiguas fronteras de nuestro país. Ambrosio Montt era por este tiempo (1874) un excelente amigo chileno. Sus cartas, extensas y amenas, contienen noticias y juicios interesantes. Cuando se quiera escribir un estudio acerca del ambiente literario de aquellos tiempos habrá que acudir a su testimonio, indefectiblemente.

En nuestra patria se agitaba una honda inquietud. Se debatía la futura presidencia de la república. Mitre era el candidato popular y el gran bibliófilo e historiador aceptó la candidatura con el ánimo dispuesto a las más grandes obras. El 16 de abril de 1874, en un discurso a la juventud, dijo: Si me toca a mí, ser el elegido del pueblo, yo aceptaré modestamente la tarea en nombre del principio triunfante, ante el cual debemos inclinarnos

todos. Pero debo declarar con la misma humildad y con el ánimo orgulloso, y en homenaje a vuestros nobles esfuerzos, que si yo creyera que en el fondo de la urna que me proclamase presidente de la república había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo argentino, porque el que busca o acepta el gobierno de un pueblo libre por medios indignos, no es digno de gobernarlo».

La oposición impidió al pueblo, por todos los medios, el libre uso del sufragio. Desde las provincias llegaron a Mitre voces de protesta. El 16 de julio de 1874, José Posse escribía a Mitre: «Si dejamos que prevalezca el fraude y la mentira, me parece que ayudamos a corromper la sociedad y a constituir en industria o en derecho la inmoralidad. No me gustan las revueltas inmotivadas, pero cuando se trata de salvar las libertades y derechos de un pueblo, comprometidos por la usurpación, entonces digo, como Luis Blanc: *las revoluciones, como el arado, fertilizan destrozando*». Antonio Taboada, Absalón Ibarra y otros políticos levantaron sus voces de protesta. La revolución fué un hecho; pero la organización del gobierno logró dominarla. Después de la capitulación de Junín, Mitre fué llevado prisionero a Luján, en las mismas habitaciones en que habían estado encerrados el virrey Sobremonte, los marinos ingleses de la primera invasión y el general José María Paz. En esta casa, como es notorio, Mitre escribió el prólogo de su *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. El había cargado con todas las responsabilidades de la revolución para salvar a sus amigos y en el consejo de guerra que lo juzgó cinco militares votaron por la pena de muerte. Mientras duró la prisión de Mitre le llegaron palabras de aliento y de amistad. El vizconde de Río Branco, desde Río de Janeiro, se puso a su entera disposición. La escritora Juana Manso le escribió una carta llena de esperanzas. Antonio Posse le dijo: «En la prosperidad y la desgracia soy siempre el amigo sin reveses que usted conoció en mejores tiempos». Ambrosio Montt lo invitó a

volver a Chile, «al asilo de su juventud, después de veinte años de trabajo, de lucha ardiente e incesante batallar». Diego Barros Arana reanudó, emocionado, una correspondencia que se había interrumpido. Y Mitre volvió, como siempre, a sus estudios históricos y a su amor a los libros, esos compañeros luminosos que nunca lo traicionaron. La correspondencia histórica y literaria empezó de nuevo. Domingo de Oro fué de los primeros en cartearse con el general Mitre sobre cuestiones antropológicas y filosóficas que él tomaba a la ligera y con ironía. José Victorino Lastarria, en julio de 1875, le pidió la nueva Constitución del Paraguay para obsequiarla al constitucionalista colombiano Justo Arosemena. Diego Barros Arana mandó a Mitre, en agosto de 1875, un paquete de libros y le refirió cómo ciertos elementos le habían quitado su cátedra del Instituto Nacional de Santiago por no compartir sus creencias religiosas. En aquellos años en Chile disputaban duramente católicos y masones, y Barros Arana se quejaba, con cierta exageración, de la forma en que se le había combatido por su extremado liberalismo.

En el año de 1875 Mitre publicó su *Historia de San Martín*, los *Episodios de la revolución de la Independencia* y una colección de *Arengas*. Mitre volvía a ser lo que siempre había sido: un bibliófilo, un historiador, un literato y, sobre todo, el hombre público más amado de su patria. Volvió a resonar en las calles y en las plazas el grito de ¡Viva Mitre!; pero el bibliófilo, aunque tornó a los asuntos de gobierno y representó al pueblo en el Congreso, no quiso apartarse nunca más de sus hermanos libros. El 10 de octubre de 1875 Vicuña Mackenna le mandó las copias de unas cartas de Monteagudo al general O'Higgins y le expuso dos reproches: uno «por haber usted escrito a Lastarria que había sido algo como un avance mío publicar su carta de 1873, en que manifestaba tan patrióticos y americanos sentimientos (los mismos que yo conservo y participo) en nuestras divergencias de límites», y el otro «por haber pe-

dido gracia por los vencidos en un telegrama de amigo a Sarmiento, noble arranque de mi alma, que usted no aceptó, negándome el derecho de pedir para usted una sentencia tranquila y aun magnánima cuando se nos aseguraba que usted podía ser fusilado».

Esta carta nos demuestra los buenos propósitos con que Mitre trató siempre de solucionar la cuestión de límites con Chile y su afán de que nadie intercediese por él cuando podía ser condenado a muerte. Su vida era independencia y libertad; pero también, y en sumo grado, sacrificio por su Patria, por sus amigos y por la ciencia. El presidente caído se elevaba a un pedestal mucho más alto: era opinión pública que lo consideraba, en aquellos momentos, el más grande de los argentinos, y era, asimismo, el juicio unánime de los estudiosos de América que lo reconocían como a uno de los más notables bibliófilos, e historiadores del Continente. Mitre tuvo el mérito poco común de mantener su grandeza tanto en el puesto más alto que puede alcanzar un ciudadano en un país libre, como en los instantes más angustiosos que puede pasar un hombre. Esta grandeza de su espíritu, verdaderamente ejemplar, que admiraban amigos y enemigos, se nutría constantemente en la lectura de los más puros ingenios de la humanidad. Por ello podemos repetir que los libros fueron en su vida un sostén espiritual y un fuerte amor.



UNIDAD EN LA OBRA DE JUAN DRAGHI LUCERO

Cuyano hasta la médula, pronto al sueño y a la tarde de las bibliotecas. Juan Draghi Lucero labora, intensamente y entrega, sazonados y firmes, tomos y tomos: «Sueños», «La Bodeguita», «Hondas y Piedras», «El Anillo», «Manuel J. Olascoaga», «Vida y Obra de Miguel A. Puget», «Novenario Cuyano»,